

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO

LA EXPEDICIÓN DE MÉXICO

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Segunda parte del reinado de Napoleón: complicaciones que contrastan con el aspecto sencillo de los comienzos: política interior; política exterior: los tres grandes hechos en torno á los cuales pueden agruparse todos los demás.
- II.—México: su historia: Santa Ana; Juárez y Miramón.—Quejas de las potencias europeas contra el gobierno mexicano: dificultades casi insuperables para obtener justicia.—Acrecentamiento de la anarquía.—La cuestión mexicana, considerada en Inglaterra como cuestión comercial, amenaza convertirse en Francia en cuestión política: varios indicios que parecen revelar las intenciones del emperador.—El Sr. Dubois de Saligny: sus informes.
- III.—Decreto de Juárez suspendiendo el efecto de los *Convenios extranjeros* (17 de julio de 1861).—La diferencia de miras de las potencias produce el equívoco en la Convención: instrucciones: distribución de los contingentes.
- IV.—Llegada de los españoles á Veracruz, preocupaciones de los ingleses y de los franceses.—Alarmas del gobierno mexicano.—Perplejidades de los comisionados aliados: su actitud: proclama dirigida á los mexicanos: Miramón: discusión de las reclamaciones financieras; la cuestión Jecker; de qué singular manera patrocina Francia este asunto.—Preocupación que se sobrepone á todas las demás: descripción de México: las *tres zonas*: condiciones climatológicas: necesidad de asegurarse campamentos salubres antes de la invasión de la *fiebre amarilla*.—Bajo el imperio de este temor se entablan negociaciones: Juárez: Doblado: los comisionados: singular situación recíproca de los mexicanos y de los aliados.—Entrevista de Prim y de Doblado: convenio de la Soledad y de qué manera conviene juzgarlo.
- V.—Los vínculos de la alianza, que difícilmente se mantienen en México, tienden á aflojarse en Europa.—Aumento de las fuerzas francesas; los rumores de establecimiento de la monarquía adquieren cada día mayor consistencia: descontento en Londres; España parece inclinarse á Inglaterra: las noticias de México provocan en París, Londres y Madrid diversas apreciaciones: se tiene noticia del convenio de la Soledad, que es desautorizado en París; cómo es juzgado en Inglaterra y en España.—Aumentan las discusiones entre los comisionados aliados en México; llegada de la brigada Lorencez: Almonte: las discusiones llegan á su período agudo: los mismos comisionados franceses apenas se entienden entre sí.—Conferencia de 9 de abril en Crizaba; rompimiento entre los plenipotenciarios franceses y los de Inglaterra y España.—Fin de la alianza.
- VI.—Los franceses se quedan solos en México: situación crítica de la brigada Lorencez: ilusiones que ocultan el peligro: primeras medidas adoptadas por el general: pretexto que permite eludir la estricta ejecución del tratado de la Soledad: Lorencez en Orizaba; persisten sus ilusiones; quién las fomenta.—Marcha sobre Puebla: disposiciones para el ataque: asalto del fuerte Guadalupe (5 de mayo de 1862).—Fracaso de nuestros esfuerzos.
- VII.—La cuestión mexicana y la opinión pública en Francia: primeros debates parlamentarios.—Se tiene noticia de la derrota de Puebla: votación de créditos: sesión de 26 de junio de 1862 en el Cuerpo legislativo: Julio Favre, Billault.—El emperador: su correspondencia con el mariscal Randón: su celo para asegurar las medidas que repararán el fracaso: formación de un cuerpo de ejército mandado por el general Forey.
- VIII.—Los franceses en México después de la derrota de Puebla: retirada: orden admirable con que ésta se realiza.—Combate de la Barranca Seca y regreso á Orizaba.—Dificultades y peligros de todas clases: dificultad de los aprovisionamientos: recriminaciones de Lorencez contra el Sr. de Saligny: la fiebre amarilla en Veracruz y en los territorios cálidos: el enemigo intenta cercar Orizaba: brillante combate del Cerro Borrego.—Llegada de los primeros refuerzos: la columna Brincourt; cómo atraviesa los territorios cálidos y llega á Orizaba.—Desembarco de Forey.—Lorencez abandona el ejército y regresa á Europa.
- IX.—El cuerpo expedicionario á fines de 1862: su composición y sus fuerzas: causas diversas que retardan la reanudación de las operaciones activas: impaciencia del ejército: marcha sobre Puebla.
- X.—Puebla: han aumentado sus medios de defensa: comienzo de las operaciones del sitio: toma del fuerte de San Javier: qué es lo que disminuye la influencia de esta victoria: los cuadros; esfuerzos infructuosos; la nueva Zaragoza: consejos de guerra; diversas resoluciones; combates afortunados alrededor de la ciudad; ataque inútil y sangriento contra el cuadro de Santa Inés; situación un tanto crítica: nuevas indecisiones.—Combate de San Lorenzo; su influencia en la continuación del sitio.—Rendición de Puebla (17 de mayo de 1863).
- XI.—Entrada de los franceses en México (10 de junio de 1863): actitud favorable de la población mexicana y explicación de esta actitud; lenguaje de Forey; Junta provisional: triunvirato; asamblea de notables: votación en favor de la monarquía.—De qué modo el general en jefe va más allá de lo que se proponía el gobierno imperial; lenguaje del mariscal Randón y curioso despacho del Sr. Drouyn de l'Huys.—Llamamiento del Sr. de Saligny y del mismo Forey.—Bazaine elevado al cargo de general en jefe y de qué manera es acogido este nombramiento.

I

Bajo dos conceptos causa asombro la historia del Segundo Imperio: en sus comienzos, por su sencilla y majestuosa unidad; en su final, por su inmensa confu-

sión. Hemos terminado el estudio de los años de gobierno fácil, y hétenos ya en el período de las complicaciones múltiples.

En el interior la popularidad no ha sufrido ningún menoscabo sensible; pero la confianza en su prudencia

hállase ligeramente, muy ligeramente, quebrantada. Las instituciones que presidieron en la instauración del reinado son atacadas sin que ninguna otra las reemplace, de suerte que los espíritus flotan entre el régimen autoritario, algo desacreditado, y el régimen liberal, esbozado apenas. Después del golpe de Estado, Napoleón había reunido en torno suyo á todos los hombres de orden, excepción hecha de una oposición que, á lo menos por su número, carecía de importancia; pero los incidentes de la cuestión romana acaban de dividir en dos partidos contrarios á los que habían fundado el imperio. Los servidores de Napoleón, hasta entonces ligados por una obediencia admirativa, comienzan á sentir el afán de la crítica y con el tiempo les veremos multiplicar los consejos y disputarse las influencias, como sucede cuando el señor, viejo ó fatigado, ha cesado de imponerse. La muerte ocasionará en el personal imperial bajas que no se cubrirán. ¿Estamos ya en la declinación? Esta palabra parecería injusta, tan brillantes y soberbias siguen siendo las apariencias; pero se observa ya una dirección menos firme, se advierten corrientes contradictorias y hasta se notan, con raros intervalos, signos de inquietud que contrastan con la reposada seguridad de los primeros años.

Lo que en el interior no pasa de alteración ligera reviste en el exterior un singular aspecto de perturbación. El emperador ha llevado su actividad á todos los ámbitos del mundo; pero ya su mano sostiene con trabajo todas las cargas que ha levantado. La bandera francesa ha ondeado victoriosa en China y se ha desplegado honorosamente en Siria: estas intervenciones se justificaban por el interés nacional, y como no abarcaban sino un objeto limitado, no ofrecían ningún peligro. Pero muy cerca de nosotros Italia constituye una preocupación muy distinta, y el emperador, fijos sin cesar los ojos en Roma y en Venecia, procura mantener una especie de equilibrio inestable entre los deseos de los católicos, las reclamaciones de Austria y las mismas aspiraciones de los italianos. Y de cuando en cuando se fija la atención en los principados danubianos y desde éstos en las cuestiones de Oriente. Napoleón, sin embargo, en vez de restringir sus propósitos sueña con ampliarlos, y entonces, ensanchando su programa, medita el establecimiento de un imperio allende el Atlántico. Hasta aquel momento el Norte de Europa ha permanecido impasible; pero de pronto la agitación se propaga á Polonia, que se rebela; á los ducados del Elba, en donde se prepara un cambio de soberano; á Alemania, que piensa en reformar su organización anticuada; y, finalmente, á Prusia, en donde surge un hombre de genio potente y de escasos escrúpulos, que parece nacido expreso para explotar toda esa anarquía.

Este cuadro, por su extensión y sobre todo por su aspecto complejo, desconcierta á quien lo contempla. Si abarcamos los acontecimientos en globo, el relieve con que se destacan resulta indeciso; en cambio, si los fraccionamos para presentarlos separadamente, corremos riesgo de no dejar ver el enlace que los encadena y de no ofrecer más que una serie de narraciones yuxtapuestas. Y en medio de todas estas complicaciones, siente el espíritu una gran necesidad de luz que le guíe; pero en esto mismo hay un peligro, pues si quisiéramos disipar todas las tinieblas y simplificar todo lo que resulta

sobradamente enmarañado, sólo obtendríamos las más de las veces esa claridad engañosa que se obtiene á costa de la verdad. La presente historia se desenvuelve con alternativas de obscuridad profunda y de claridades deslumbradoras, y es preciso conservar su verdadera fisonomía, amoldarse á sus inconsecuencias y guardarse de alterarla, ni siquiera con pretexto de introducir en ella la lógica ó de hacerla razonable, pues, de lo contrario, no reproduciríamos sino una imagen muy poco fiel del soberano que es el héroe de la misma. La mayor de todas las dificultades es seguir los designios del emperador por las huellas que van dejando. Napoleón constituye una figura que hace la desesperación del que quiera pintarla; y como, según las circunstancias, es muy ostentoso y muy secreto, el único retrato exacto parecería inverosímil, tan bruscos serían en él los contrastes de sombra y de luz. La inteligencia se agota analizando sus empresas que tienen á la vez mucho de quimera y de realidad; pues diez años de un gobierno casi absoluto le han permitido arrojar á su antojo toda clase de semillas lo mismo en su patria que en el resto del mundo. Pero se acerca la hora en que se encontrará frente á frente del fruto de sus obras y entonces se asombrará ingenuamente de ver tan desarrollados los gérmenes escapados de sus manos. Muy pronto á la sorpresa sucederá la turbación y luego un principio de ansiedad asomará al través de la seguridad de su omnipotencia; pero su arrepentimiento será un arrepentimiento sin virtud y sobre todo sin eficacia, porque los verdaderos soñadores creen enmendar sus sueños evocando otros y de esta suerte nunca se curan del mal de soñar.

En este cuadro compuesto de rasgos tan diversos quisiera introducir un poco de orden, sin empero falsear con ello la verdad del conjunto. Durante los últimos meses de 1861 se prepara una expedición que, modestamente anunciada en un principio y luego gradualmente agrandada, tendrá por objeto la fundación de una monarquía en México. La expedición de México no constituye en la historia del segundo Imperio simplemente un episodio memorable, sino que influye en la suerte general del reinado así por las fuerzas que arrebata á la patria como por las complicaciones muy reales que determina y por el descrédito que el fracaso final hace recaer sobre Napoleón. El orden cronológico y el encadenamiento normal de los hechos nos llevan en primer lugar hacia esta empresa, singular como ninguna, porque en ninguna otra aparece mejor pintado el emperador con su inteligencia á la vez vasta y débil, que se eleva hasta los más altos planes, pero sin la prudencia que mide anticipadamente los obstáculos y sin la previsión que asegura el éxito.

Mientras nuestros soldados combaten en México, el mismo gobierno amplía gradualmente las instituciones de 1852; de la antigua mayoría destácase un partido que reclama para el Cuerpo legislativo un aumento de atribuciones, y muy pronto renacen algunas formas que parecían abolidas. Esta evolución del espíritu público y de las leyes constituye en el reinado de Napoleón un segundo hecho no menos importante, no menos digno de ser tenido en consideración.

En el entretanto, en nuestra frontera del Nordeste, un pueblo ambicioso encuentra, para encarnar sus am-

biciones, un ministro más ambicioso todavía. Entre las dos potencias alemanas se prepara un conflicto de tan colosales proporciones que ante él todo otro interés padece. Al aproximarse la lucha, el emperador vacila buscando una intervención fastuosa que le erigirá en árbitro entre los dos rivales extenuados; pero los sucesos se precipitan y pocos días bastan para terminar la campaña; y al día siguiente de la derrota austriaca, Napoleón, sin haber desenvainado la espada, se despierta más vencido que los vencidos mismos.

La expedición de México, la transformación interior del régimen imperial y las complicaciones del Norte de Europa y la grandeza prusiana: he aquí los tres hechos principales en torno de los cuales puede agruparse toda la historia de los años que siguen.

II

México, antigua colonia española, había sacudido á principios del siglo XIX la dominación de la metrópoli. Los principales héroes de la independencia fueron Hidalgo, párroco de Dolores, y Morelos, párroco de Caracuaró, ambos tan soldados como sacerdotes y destinados á ser las víctimas de su causa, porque los dos sucumbieron á manos del enemigo, que los fusiló. En 1821 consumóse la separación bajo los auspicios de un ex oficial de Fernando VII llamado Itúrbide que se pasó al partido nacional y que fué proclamado emperador, si bien disfrutó poco tiempo del rango supremo, ya que al cabo de un año perdió la corona y algo después le costó la vida una tentativa infructuosa para volver á su patria. Los mexicanos, desconfiando de la monarquía, establecieron la república, pero una república que no les garantizó ni seguridad ni libertad. Son innumerables los que, merced á la fuerza, ó á la astucia ó á un golpe de mano atrevido, escalaron la primera magistratura para caer de nuevo por una violencia igual á la que les había encumbrado: entre todos aquellos nombres, sólo uno merece recordarse, el de Santa Ana, que durante un período de más de veinte años sólo dejó el poder para volver á él al poco tiempo, osó adoptar aires de príncipe y acabó por ejercer una verdadera dictadura. Cuando en 1855 Santa Ana se vió obligado á abdicar, la confusión aumentó. Comonfort, nombrado al poco tiempo presidente de la República y animado de propósitos muy moderados, no pudo sostenerse contra las facciones extremas. Dos partidos existían desde hacía tiempo en México, el *partido conservador*, dominado por el clero y por los grandes propietarios y con secretas tendencias á una monarquía centralizada, y el *partido liberal*, cuyo programa podía resumirse en estos tres principios: nacionalización de los bienes de la Iglesia, organización federativa y consolidación de las instituciones republicanas. A partir de 1857, la rivalidad degeneró en lucha sin cuartel. Los dos partidos, que en lo demás en nada se parecían, sólo en dos puntos se asemejaban, á saber, en su pobreza financiera y en su desprecio de la ley. En medio de toda clase de intrigas y de violencias, se formaron dos gobiernos que mutuamente se proscribieron: el de los conservadores, representado por Miramón, general joven, de veintiséis años, activo, valiente y audaz; y el de los liberales, personificado por Juárez, oscuro abogado, de origen indio, hombre de muy mediano ta-

lento y de capacidad discutida, pero de tenaz voluntad y de indomable energía. Juárez estaba establecido en Veracruz y Miramón ocupaba la capital, y hacia el otoño de 1860 ambos partidos todavía luchaban, por más que todas las probabilidades del triunfo estuvieran ya de parte de Juárez.

Parece que Europa habría podido hacer caso omiso de aquellas lejanas contiendas; y sin embargo, no fué así. México había atraído á un gran número de emigrantes seducidos por la fama de sus riquezas: varias compañías británicas se hallaban en el interior del país, unas para desarrollar instalaciones agrícolas, otras para explotar las minas de plata, de las que tantas maravillas se contaban; también habían acudido allí los españoles, haciéndose la ilusión de encontrar en México una segunda patria y sin poder figurarse que la colonia de Hernán Cortés estuviera absolutamente separada de la antigua metrópoli. Aunque algo sospechosos á los ojos de los indígenas, como suelen serlo los antiguos amos, aquellos españoles habían podido reanudar antiguas relaciones comerciales; después, la comunidad de idiomas ó de costumbres había hecho lo demás, y á mediados del siglo XIX representaban, así en México como en el litoral ó en las provincias, intereses muy importantes. Asimismo habían aportado su contingente á la emigración, y en proporciones mucho más considerables de lo que hubiera podido creerse, los franceses, que, poco aficionados á los países de población anglo-sajona, sentíanse más atraídos por las colonias de raza latina. Allí habían llegado con muy poco dinero, pero con grandes confianzas de encontrarlo en abundancia en aquella tierra de promisión, y en espera de que sus sueños se realizaran, habían desempeñado toda suerte de oficios y pequeñas industrias: joyeros, cinceladores, sastres, artífices, fondistas. La mayoría de ellos no habían pasado de condiciones tan modestas ó bien habían disipado en locas especulaciones los beneficios que en el ejercicio de aquellas profesiones realizaran; pero algunos, más hábiles ó más afortunados, habían llegado á ser artesanos, banqueros, agricultores, explotadores de minas, y sea por su influencia ó por su buena suerte, figuraban en primera fila en la colonia extranjera.

Ahora bien, el peor enemigo que tenían esos residentes europeos era la inseguridad general. En medio de las disensiones intestinas que asolaban el país no había facción que no tuviera su día de victoria, de manera que, sufriendo ó imponiendo alternativamente cada una la violencia, se establecía una especie de equilibrio entre las favorables ó adversas contingencias de la guerra civil. Parecía natural que los emigrantes que no pertenecían á ningún partido hubieran de ser por todos respetados; mas con frecuencia sucedía todo lo contrario, y por lo mismo que se habían mantenido neutrales, cualquier general ó aventurero victorioso les contaba entre los vencidos, y si se resistían á los requerimientos abusivos, á los impuestos arbitrarios, á los empréstitos forzosos, su atrevimiento era castigado con un mayor rigor en las persecuciones. A cada nueva vejación las víctimas formulaban sus quejas ante los cónsules, quienes transmitían las reclamaciones á los ministros residentes, los cuales á su vez las ponían en conocimiento de sus superiores jerárquicos; así es que en los departamentos ministeriales de París, Madrid y Londres

no tardaron en acumularse voluminosos expedientes cuyo número aumentaba incesantemente. A tan gran distancia era en extremo difícil comprobar las quejas y obtener justicia, tanto más cuanto que al lado de reclamaciones muy fundadas había toda clase de pretensiones, exageradas unas y otras absolutamente falsas; porque no faltaban emigrantes cuya principal industria consistía en hacer moneda de sus supuestos sufrimientos, viniendo á aumentar la dificultad de las comprobaciones la culpable complacencia de los cónsules, que más de una vez se hicieron eco de reclamaciones ima-

La dificultad, sin embargo, estaba, como siempre, en su ejecución. En medio de todos aquellos sucesos, había comprendido que en derecho civil uno de los medios coercitivos más seguros era el embargo; y como la principal renta de México eran los derechos de aduana, cayóse en la cuenta de que, percibiendo en los puertos de Tampico y de Veracruz una parte de los derechos de entrada, se conseguiría hacer efectiva la indemnización. Los ingleses, gente muy positiva, habían recurrido muy gustosos á este expediente; pero aunque este medio era el más práctico, no era del todo eficaz, porque,



El cura D. Miguel Hidalgo y Castilla

Y cuando á costa de grandes esfuerzos se había logrado desentrañar la verdad, lo más difícil era entablar las reclamaciones, puesto que en México se sucedían rápidamente los gobiernos y cada poder nuevo ó desautorizaba los compromisos contraídos por los anteriores ó por lo menos invocaba su ignorancia para de esta suerte comenzar nuevamente gestiones que no acababan nunca. Despechadas de tantos fracasos, las potencias europeas ora se resolvían á tomar medidas coercitivas, ora consignaban sus reivindicaciones en tratados solemnísimos que tampoco permitían formarse grandes ilusiones. En 1838 Francia armó una escuadra y bombardeó San Juan de Ulloa, y en 1853 firmó un convenio por el cual se creaba un fondo de amortización para la extinción de los créditos franceses; mas en vista de que aquel convenio no se cumplía, y de que nuevas quejas se juntaban á las anteriores, envió en 1858 á Veracruz algunas fuerzas navales al mando del contraalmirante Penaud, firmándose ante aquella amenaza un nuevo acuerdo. Inglaterra y España, por su parte, negociaron varios arreglos, aquélla en 1842 y 1851, y esta en 1853 y 1859. Estos tratados, redactados todos con el mismo objeto, recibieron así en México como en Europa un nombre genérico, el de *Convenios extranjeros*.

en primer lugar, había que contar con los fraudes; en segundo, los mexicanos podrían rebajar las tarifas á la entrada de los puertos y crear aduanas interiores; y en tercero, no se podía embargar la totalidad de la prenda. Leo en un despacho británico que los ingleses reclamaban para ellos solos la percepción de un 41 por ciento sobre los derechos de aduana de Veracruz. ¿Qué quedaría, pues, para las demás potencias? Y sobre todo, ¿qué quedaría para México? Transcurrían los meses y los años, y así en el *Foreign Office* como en el Muelle de Orsay multiplicábanse las reclamaciones. En todas las cancillerías hay asuntos que nadie quiere abandonar, pero que todo el mundo es impotente para resolver; cuando la atención es solicitada por algún peligro importante, se deja que tales asuntos duerman y no se vuelve á tratar de ellos hasta que el resto de la política esté encalmado; y los jefes de negociado se pasan de mano en mano los expedientes voluminosos con resignado escepticismo y sin la menor esperanza de verlos terminados. Tal era la suerte que parecía reservada en breve plazo á la cuestión de las indemnizaciones mexicanas, dada la marcha de los sucesos.

En 1860 las dificultades aumentaron hasta el punto de parecer inextricables. ¿Ante qué gobierno debían ser